

# - LA CUREÑA HUMANA. -

I

En los últimos días del mes de Marzo de 1811, la causa de la Independencia había sufrido bastantes reveses y parecía perdida.

Los primeros jefes y los más principales, habían caído prisioneros en Acatita de Baján, gracias á la traición de Elizondo, é iban camino de Chihuahua, donde les esperaba el suplicio.

Los grandes ejércitos que habían formado desaparecieron como el humo y sólo quedaba de ellos un pequeño cuerpo de tres mil hombres, desorganizado por las derrotas y desmoralizado por la traición que le seguía por todas partes.

Mandaba ese ejército en el Saltillo un abogado jóven, sobrino en grado lejano del cura Hidalgo y que había sido el Ministro universal de Estado de éste, Don Ignacio López Rayón, que hasta entonces había demostrado entender más de leyes que de cañones, pero que en lo sucesivo iba á poner en evidencia que entendía tanto de los unos como de las otras.

Tenía á sus órdenes al vencedor de Guadalajara, el amo Torres, tan leal y tan valiente; á los mariscales Don Juan Pablo Anaya y Víctor Rosales, cuya suerte posterior había de ser tan diversa; al moreliano Villalongín y á los siniestros Ponce e Iriarte, que mucho quehacer habían de darle.

Sin querer pensar en los peligros que le esperaban en su marcha á través de un país enemigo, decidió retirarse á Michoacán, cuyo terreno le era muy conocido y hacerse fuerte en Zitácuaro, su pueblo natal, donde contaba con sostenerse por mucho tiempo.

Salió de Saltillo con su pequeño ejército y á las pocas leguas fué atacado por el realista Ochoa, que creía seguro el triunfo, pues tenía inteligencias en el campo insurgente; pero sus esperanzas salieron fallidas, pues Rayón lo derrotó en los Piñones, y en seguida, para hacer un escarmiento, este jefe hizo fusilar al traidor Iriarte.

Empezó á seguir el ejército un camino árido, triste, desprovisto de agua y casi de vegetación y caldeado por los ardientes rayos del sol de Abril; más penoso aún lo hizo la desertión de Ponce y la ruptura de los odres en que se conducía el agua. Los animales sedientos caían para no levantarse más, no obstante los esfuerzos que sus conductores hacían, y todos esperaban con espanto el momento en que á los hombres faltasen también las fuerzas y empezaran á caer, señalando el camino de la expedición con un reguero de sedientos y de cadáveres.

En la noche del segundo día de tan terribles sufrimientos, los guías anunciaron que estaban cerca de la hacienda de San Eustaquio y en consejo de oficiales se deliberó si el ejército insurgente debía apoderarse de la hacienda ó seguir su camino; pero habiendo dicho alguien que dentro de ella había agua en abundancia, armas y provisiones, de todo lo cual estaba tan necesitado el ejército de Rayón, se decidió apoderarse de ella para evitar la desaparición de ese ejército.

Torres fué comisionado para hacer un reconocimiento previo, a fin de combinar el plan de ataque y la tropa se dispuso á la batalla.

II

Era la hacienda de San Eustaquio una pesada y maciza construcción colonial de las que ya quedan pocas, y que más parecía una fortaleza que una casa de campo.

La casa principal, las dependencias y las rancherías, estaban encerradas dentro de un recinto cercado con gruesas y resistentes paredes rematadas en almenas, que servían para resguardar á los trabajadores de las incursiones posibles de los indios bárbaros.

Una sola puerta, en la fachada principal, daba entrada á toda la hacienda, y á la sazón estaba cerrada y bien atrancada en previsión de la cercanía de los insurgentes, y un vigía desde lo alto de la torre de la capilla inspeccionaba incesantemente los alrededores para dar la alarma y hacer que la gente se pusiera en estado de defensa.

Esa fachada principal daba sobre el camino real, la de la izquierda á una ladera llena de cactus y malezas inextricables y al través de las cuales era materialmente imposible penetrar si no era limpiándola previamente, y la parte posterior y de la derecha á una profunda barranca cortada casi á pico y que las defendía naturalmente. Además, dentro de la finca había doscientos hombres perfectamente armados, y cuyo jefe era el mismo dueño de la hacienda, un español de carácter duro y cruel que veía con gran desprecio á los insurgentes, y que hacía pocos días había mandado azotar despiadadamente á un coronel de Allende que cayó en sus manos.

En tales circunstancias, la hacienda era una verdadera fortaleza, casi inexpugnable para el pequeño ejército de Rayón que no disponía de más artillería que un pequeño cañón de bronce que se llevaba á lomo de mula por carcer de cureña.

El plan de ataque, aunque sencillo de formarse, era de difícil realización: se atacaría de frente la hacienda con el grueso de la tropa y se destacaría una pequeña sección para rodearla y evitar, ó la salida de algún mensajero en demanda de auxilio á Zambrano, ó la llegada de refuerzos; y para tratar de salvar la barranca.

El cañón se utilizaría para batir la puerta y al efecto se intentó colocarlo al frente sostenido por unas grandes piedras que se encontraron cerca; pero pronto se vio que eran ineficaces, pues al hacer explosión la pólvora, las piedras se separaban y la bala iba á clavarse en el camino, sin hacer ningún daño á la pared ni á la puerta de la hacienda.

El tiempo urgía porque los defensores de ésta empezaban á hacer certera puntería y ya algunos cadáveres y heridos se veían regados por el suelo y el fuego a descubierto de los insurgentes ningún daño causaba á aquéllos.

«¡Una cureña! decía con desesperación el jefe insurgente; ¡una cureña y estamos salvados! porque la puerta caerá á los primeros tiros, y encontraremos agua.

Pero en la imposibilidad de encontrarla, los jefes y soldados se veían unos á otros con desesperación, y aun no faltaba alguno que opinase que para ellos era inexpugnable San Eustaquio.

III

Las circunstancias se iban haciendo cada vez más críticas, hasta que de entre el grupo de los artilleros se destacó un hombre de elevada estatura y de atlética complexión, muy conocido en el ejército por su extraordinaria fuerza.

Se llamaba Valdivia, se había alistado en el ejército de Torres y en la batalla de Calderón se distinguió por haberse defendido, desarmado como estaba, de dos dragones de Flon, á quienes mató de una sola bofetada á cada uno; de una *guantaa*, como decían sus compañeros de armas.

Se acercó al oficial que mandaba la fuerza y le dijo sencillamente:

«Mi jefe, se necesita una cureña para el cañón, y como no la hay, yo puedo hacer de cureña.»

«¡Tú! dijo el oficial estupefacto; pero ¿no comprendes que eso no es posible?»

«Yo aguanto el cañón, —Pero aunque yo aguanto, rechazo el cañón te quedará matar.»

«Veámos, —Y aunque yo aguante, se salva el ejército si cae la puerta.

«Como quieras, pero puedes morir.»

«Hagamos la prueba, mi jefe. ¿Me da usted permiso de ser cureña?»

«Haz lo que quieras, respondió el oficial encogiéndose de hombros.»

«Amárrenmelo recio, muchachos, dijo entonces Valdivia a sus compañeros.»

Empezó entonces una escena extraña en medio del silencio que había sucedido al estruendo de los disparos, pues unos y otros, queriendo ahorrar sus municiones, habían establecido una tregua tácita.

Los artilleros con lazos sujetaron fuertemente el cañón á la espalda de Valdivia después de poner varios zarapes entre el cuerpo y el arma, tanto para que ésta quedase más firme, como para amortiguar el golpe.

Una vez terminada la operación, Valdivia se puso en pie con facilidad y situándose frente de la puerta de la hacienda, dijo al oficial:

«Apunte usted bien, mi jefe.

Fué cargado el cañón, y hecha puntería, Valdivia, que se había arrodillado, bajó la cabeza, se dió fuego á la mecha y el tiro partió yendo á dar á un ángulo de la puerta, la que aunque quedó agujereada y crujió, no cedió.

Una descarga cerrada de los defensores, asombrados de tanta audacia y temerosos de que la puerta cediera se escuchó, y al mismo tiempo se levantó entre los asaltantes un clamoreo entusiasta y muchos gritaron:

«¡Otro tiro y la hacienda es nuestra!»

Valdivia, densamente pálido, pero sin dar señal alguna de debilidad, levantó la cabeza y el cuerpo para ver los efectos que había causado el cañonazo y dijo:

Fué cargado de nuevo el cañón y rectificada la puntería. La bala sacó de quicio á la puerta y la hizo medio caer sobre los escombros que se habían amontonado por la parte de adentro para reforzarla. Pero la brecha quedaba abierta y el oficial insurgente lanzó inmediatamente su gente al asalto, sin escuchar un ¡ay! desgarrador que la cureña humana había lanzado, ni ver que Valdivia había caído, cuan largo era, sobre el suelo.

Sólo una mujer, una soldadera de las que acompañaban al ejército, se lanzó á socorrer al humilde héroe que había quedado olvidado; ayudada de otras cortó las ligaduras que sujetaban el cañón al hombre, quitaron con muchos trabajos el arma haciéndola á un lado y trataron de ayudar á Valdivia á levantarse.

«¡Pero imposible! Aquel héroe que había resistido dos disparos no pudo ya ponerse en pie, y aunque no tenía ningún hueso roto, su organismo había sufrido tal choque, que había quedado contrahecho.

IV

Los primeros asaltantes que quisieron penetrar por la abierta brecha, cayeron muertos por las balas de los defensores, pero los llegados después consiguieron entrar y se esparcieron por el gran patio á los gritos de: ¡Viva Hidalgo! ¡Viva Rayón! ¡Viva América!»

Por un momento, sin embargo, pareció que iban á ser rechazados, pues los defensores empezaron á hacer un fuego certero desde las bóvedas de la capilla; pero los gritos de ¡Viva Rayón! que resonaron á sus espaldas y la irrupción de nuevos combatientes, sembró el pánico entre ellos y los hizo huir.

Era que los del destacamento enviado para circunvalar la hacienda habían realizado una nueva hazaña.

Después de explorar el terreno, atravesaron la barranca y llegaron á la ladera, para lo cual hubieron de vencer muchos obstáculos, comprendieron que sólo podían penetrar por ese lado á la hacienda escalando las elevadas tapias; el jefe que mandaba el destacamento mandó traer las re-

tasque en la silla de sus cabalgaduras llevaban los jinetes e hizo que cincuenta de los más hábiles lanzaran las resistentes almenas de la fachada.

Hecha esta operación, empezaron a subir en silencio, seguros de que la atención de los defensores estaba concentrada en el punto del ataque principal.

Así que los cincuenta hombres, con excepción de dos que se desbarrancaron, estuvieron sobre el muro, a horcajadas pasaron al lado interior de él y las mismas reatas les sirvieron para descender á uno de los patios de la hacienda, sin que la atrevida maniobra fuese sentida por los defensores de ésta, ocupados, como estaban, en rechazar el asalto por el lado del camino real.

Formados, con sus pistolas en la mano, llegaron al lugar del combate y después de hacer una descarga que amedrentó á los sitiados, al grito de ¡viva Rayón! se precipitaron con sus machetes sobre aquellos, con lo que se declaró la victoria por los insurgentes. Los defensores de San Eustaquio huyeron por todas partes, y perseguidos se rindieron; sólo un grupo pretendió hacerse fuerte en una troje, pero amenazados de perecer achicharrados, á cuyo efecto se llevaron á la puerta grandes barcinas de paja, también se rindieron.

Costó trabajo poner orden en las filas independientes que pretendían entrar a saco desordenado a la hacienda; pero al fin los jefes se impusieron y el ejército, después de calmar la sed que le atormentaba, se proveyó de todos los víveres que encontró, recogió armas y caballos, y establecidas las guardias necesarias, se entregó al descanso para continuar su marcha al día siguiente.

Aquella victoria le devolvió la moral perdida y con las provisiones recogidas pudo seguir su camino sin cuidado; derrotar a Zambrano y ocupar a Zacatecas, de donde sacó abundantes recursos. Sin embargo, aquella victoria no podía dejar de tener su colorario siniestro, como sucedió en todas las de esa guerra, pues el dueño de ella, Larrainzar, fué azotado en venganza de los azotes que él había mandado dar a un jefe insurgente, y una mano criminal prendió fuego a la hacienda cuando los últimos soldados de Rayón salían de ella.

V

Valdivia, que durante el combate había sido olvidado y sólo quedó en poder de las compasivas soldaderas, fué llevado a la hacienda cuando terminó aquél y atendido con los escasos recursos de que allí podía disponerse. En camilla acompañó al ejército hasta Zacatecas, siempre el cuidado de la soldadera aquella, llamada *La Guanajuatena*, que, sin embargo, lo dejó por poco tiempo al ir a empezar el ataque de la ciudad, pues Rayon para hacer creer que tenía más gente que la que en realidad llevaba, formó una brigada de mujeres disfrazándolas de soldados y poniendo al frente de ellas á *la Guanajuatena*, que, como sus compañeras, se portó bizarramente.

En aquella población pudo ser curado Valdivia, el hombre cureña, como le decían sus compañeros; pero inútil ya para el servicio, y deseando ponerse en cura formal, pidió permiso á Rayón para separarse del ejército.

El general se lo concedió, obsequiando al denodado insurgente una buena cantidad de dinero, con la que Valdivia decidió ponerse en camino para Tepic, su tierra natal, en compañía de *la Guanajuatena*, que había sido herida en la toma de Zacatecas.

En el camino se separó de los independientes, y con muchas fatigas y sobresaltos por las numerosas partidas que infestaban los caminos, llegó a Tepic, y después de algún tiempo consiguió andar por su pie, pero nunca más volvió á enderezarse y á poder levantar la cabeza.

Conservó su prodigiosa fuerza aun en la época de su ancianidad y cuéntase que, con una sola mano, podía sujetar al caballo más brioso é impedirle que caminara.

Sobrevivió muchos años á la retirada de Rayón, y la vida le alcanzó para ver realizada la independencia de México, á la que él con su grano de arena había contribuido, y falleció en un pueblito cercano a Tepic, allá por los años 1840.

La historia ha dejado de consignar en sus páginas el nombre de este héroe, como lo ha hecho con otros tantos ignorados, y sólo la tradición local ha conservado recuerdo de su hazaña y el sobrenombre bastante significativo que le dieron sus contemporáneos: el hombre cureña.

## BRAVO.

Nació este ilustre mexicano en Chilpancingo el año de 1790, según algunos de sus biógrafos. Lo mismo que su padre y sus tíos, abrazó con ardor la causa de la independencia desde 1811. Su bravura le hizo ascender rápidamente y fué uno de los tenientes que mejor secundaban al famoso Morelos. En Septiembre de 1812 su padre Don Leonardo Bravo, prisionero de los españoles, fué condenado a morir en garrote vil y ejecutado en México. Morelos comunicó la triste nueva a Don Nicolás que se hallaba en Medellín, previniéndole que inmediatamente mandase pasar por las armas a trescientos soldados españoles que estaban en su pader en calidad de prisioneros. Bravo se cubrió ese día de gloria inmortal, pues lejos de saciar su venganza, y aun desobediendo a su temido y respetado general, puso en libertad a los prisioneros españoles. El Sr. Bravo siguió combatiendo a favor de la independencia y fué valiente, constante y generoso durante aquella lucha. En 1822 fué nombrado general de división y en lo sucesivo ejerció varias veces las funciones de vicepresidente de la República. En 1847 (Septiembre) defendió con valor el castillo de Chapultepec, atacado por el ejército norteamericano. Murió en Chilpancingo el 22 de Abril de 1854.

A tal punto llegaron á identificarlo con aquella, que olvidando su apellido de Valdivia, le llamaban *Cureña*.

A. V. V.

## Tarjetas postales mexicanas.

Las tarjetas postales de México se distinguen porque son verdaderamente artísticas e interesantes. Lejos de usar usted, para dirigirse a una persona a quien aprecia, tarjetas corrientes y anti-artísticas, use las tarjetas legítimas de México, vendidas solamente en la librería de LOZANO. Vea a continuación la lista y compre Ud. siempre de estas tarjetas.

<b>Tarjetas postales, en color negro, con vistas de México y sus alrededores:</b>	<b>Postales con los timbres de correo de la República Mexicana, muy bonitas:</b>
Una docena..... \$ 0.25	Una docena..... \$ 0.60
50 tarjetas..... " 0.90	50 tarjetas..... " 1.75
100 tarjetas..... " 1.60	100 tarjetas..... " 3.25
<b>A varios colores, con vistas de México y sus alrededores:</b>	<b>Postales "Trilogía Patriótica," con los retratos de Hidalgo, Juárez y Díaz:</b>
Una docena..... " 0.35	Una docena..... \$ 1.00
50 tarjetas..... " 1.25	50 tarjetas..... " 4.00
100 tarjetas..... " 2.00	100 tarjetas..... " 7.50
<b>Postales artísticas, de bellezas y niños, a colores y en bromuro negro:</b>	<b>Tarjetas postales bordadas en seda con flores y frases de felicitación y amorosas. Muy elegantes</b>
Una docena..... \$ 0.75	Cada tarjeta..... 40cts.
50 tarjetas..... " 2.75	<b>Postales de bellezas, color iris, muy hermosas:</b>
100 tarjetas..... " 5.00	Una docena..... \$ 0.85
<b>Postales artísticas, de parejas amorosas, a colores y en bromuro negro:</b>	50 tarjetas..... " 3.25
Una docena..... \$ 0.75	100 tarjetas..... " 6.00
50 tarjetas..... " 2.75	<b>Postales artísticas, de felicitación y amorosas, con flores y parejas amorosas y frases alusivas, bien surtidas:</b>
100 tarjetas..... " 5.00	Una docena..... \$ 1.00
	50 tarjetas..... " 3.50
	100 tarjetas..... " 6.50

Háganse los pedidos acompañados de su importe a **IGNACIO E. LOZANO.**

607 DOLOROSA STREET.

SAN ANTONIO, TEXAS

**SIEMPRE PIDA CERVEZA "ROYAL" EN TODAS LAS CANTINAS**

**ROYAL BEER**  
THE ROYAL BREWING COMPANY  
KANSAS CITY, MO.

**PRECIOS:**  
Café de 24 litros.....\$2.75    Tambor de 36 litros.....\$5.00    Barriles de 72 litros.....\$8.75  
Café de 12 litros.....2.30    Tambor de 18 litros.....4.00    Barriles de 36 litros.....7.00  
Los Precios son Al por Menor en Kansas City, Mo.  
**REBAJAS POR VACIAS:** Barricas, \$2.00; Cajas, \$1.25; y Tambores, \$1.00.